

## INTRODUCCIÓN

**A**feitarse, acicalarse, aliñarse, adobarse o usar cosméticos y adornos para embellecer el cuerpo supone un juicio del *otro*, del que te mira, te admira o te condena y rechaza. La mujer se somete a la mirada privada frente al espejo y, al salir de su casa —a la iglesia, a la corte, al salón, a la plaza—, es mirada por el otro, quien juzga su conducta por lo que ve, por la apariencia. Exhibicionismo y castigo; ver y ser visto: el espejo y la mirada; ocultar y descubrirse: el velo y el escote; naturalidad y artificio: lavarse y maquillarse la piel, el rostro y el cabello, las partes del cuerpo visibles y los colores serán algunos de los conceptos que aparecerán en este libro que se propone estudiar los adornos del cuerpo, desde criterios estéticos, morales, religiosos, sociales, económicos y, por supuesto, sexuales, dado que tanto el maquillaje para la cara o el cuerpo como el uso de los perfumes se pueden considerar atractivos para la seducción y son tan antiguos como la humanidad misma, a juzgar por “los hallazgos de utensilios de cosmética en las culturas más antiguas. La cosmética primitiva se aplicaba a la coloración y configuración del cabello, a la coloración de los labios, los dientes, los ojos y las cejas, a la coloración y tatuaje de las mejillas, pechos y piel del vientre, de la espalda y en especial también del trasero”.<sup>1</sup>

Sin duda, en ciertas culturas, los adornos y el maquillaje formaban parte de fiestas y rituales, y no tanto de la vida cotidiana, pero, en algunas épocas, el cuerpo y sus adornos fueron reglamentados y condenados, lo que ocasionó que se produjera gran cantidad de escritos, de ahí lo ingente y variado de nuestro corpus, que da cuenta de lo extendido que estaba este tema tanto en las letras medievales, como en las de los Siglos de Oro y de los virreinos, épocas a las que se ciñe este estudio.

Literatura sapiencial, misógina, doctrinal, tratados morales, retratos costumbristas, comedias, poemas satíricos, en todos ellos la mujer es objeto de juicios teológicos en los que sale a relucir toda la caterva de autoridades y doctores de

<sup>1</sup> René König, *Sociología de la moda* (Barcelona: A. Redondo Editor, 1972), 58.

la Iglesia que opinan y condenan el uso de los afeites, los escotes, las galas, los adornos, los cabellos teñidos o postizos. La condición femenina, la belleza y el acicalamiento son temas negativos que infunden desconfianza en el género masculino, el cual condena, recluye, educa, fija pautas y satiriza sin piedad a la mujer por diversas causas: por atreverse a corregir la obra de Dios, por el asco que supone el uso de los afeites como productos demoníacos, porque su abuso afecta la economía doméstica o porque tientan, seducen y arrastran al hombre al pecado y a la perdición.

El temor masculino ante la belleza femenina se consigna y reglamenta en tratados médicos y morales, porque “El tema del aspecto y el arreglo externo fue uno de los caballos de batalla de los pensadores y moralistas”,<sup>2</sup> quienes publican incansablemente sobre las reformas de los trajes, sobre las galas y adornos lascivos de las mujeres, sobre el uso de los afeites, sobre los chapines, velos y mantos. Fray Hernando de Talavera, fray Luis de León, fray Tomás Ramón, Ximénez Patón, Alonso de Carranza, León Pinelo y Juan Bautista Sicardo, entre muchos otros, tratan de imponer las modas femeninas; escriben pragmáticas suntuarias, reformas y juicios teológicos; prohíben y prescriben los usos y abusos de prendas y adornos, y culpan de la decadencia de España a la mujer y sus adornos excesivos. Este será el tema del primer capítulo, donde se revisan los afeites como motivo de disputas teológicas, éticas y pedagógicas que dieron origen a numerosos tratados moralistas y manuales de confesión.

El segundo es eminentemente literario y, en cierto modo, podría considerarse una antología con una gran copia de textos en los que se condenan los afeites y se amonesta a las que los usan. Desde la lírica hispánica popular, donde las mujeres se quejan del sol que las hizo morenas, pasando por dos obras clave en el ataque a los afeites (*El Corbacho* y *La Celestina*), la prosa y la poesía satíricas de Quevedo, un gran elenco de obras de Lope de Vega, hasta llegar a las letras de los virreinos con otro poeta satírico, Mateo Rosas de Oquendo o sor Juana Inés de la Cruz, que toca el tema en algunos de sus poemas, el corpus es inagotable, lo que supone lo común y preocupante que era la cuestión de los afeites en las obras estudiadas.

Las metáforas a las que dan lugar los cosméticos conforman el tercer capítulo, en el que se han documentado una infinidad de ellas como artificio en el estilo; como el engaño amoroso; de la mujer como diferentes animales: felinos, aves, peces, reptiles y otros seres del bestiario; la mujer en metáfora vegetal y de otro tipo, como la nave, la cisterna, el templo edificado sobre albañal; las metáforas

<sup>2</sup> Palma Martínez-Burgos García, “Lo diabólico y lo femenino en el pensamiento erasmista: apuntes para una iconografía de género”. En *El diablo en la Edad Moderna* (Madrid: Marcial Pons, 2004), 223.

culinarias que tienen que ver con la pringue, el aceite o la manteca, todas ellas dan cuenta de la ginefobia imperante en los siglos en estudio.

En el cuarto capítulo toman la palabra los viajeros extranjeros que nos cuentan acerca de las diversas costumbres que observaron a su paso por España, y se va haciendo un retrato de la mujer, desde el cabello y su costumbre de enrubiarse o encresparlo, los ojos alcoholados al estilo árabe, el carmín de mejillas y labios, la lividez del rostro que se conseguía con la extraordinaria costumbre de comer barro para procurar una opilación, de la que dan buena cuenta, entre otros, Lope de Vega y Quevedo; otra costumbre curiosa que dio lugar a varias pragmáticas fue la de las mujeres tapadas de medio ojo, así es que los mantos, los postizos, abanicos, perfumes, chapines y otros objetos también fueron recriminados a la par que los afeites. Los galanes, lindos, virotes y viejos canosos también se dan cita en estas páginas, por sus costumbres afeminadas, y son tan sancionados como las féminas. Cierran este apartado las costumbres de los virreinos sobre las que nos ilustran conquistadores, cronistas, viajeros y los moralistas americanos que cargan sus plumas en los mismos tinteros y ostentan idéntica acritud que los peninsulares para amonestar en sus sermones a las mujeres que gustan de adornarse y acicalarse.

El quinto capítulo revisa todos los oficios relacionados con la producción, venta y uso de los afeites; entre los fabricantes y vendedores, destacan las terceras —cuyos modelos literarios representan, sobre todo, la *Celestina* y la *Lozana Andaluza*—, así como los herbolarios, boticarios, buhoneros y mercaderes que surten a las mujeres, y entre las que más los usan, sobresalen las prostitutas y las comediantes.

El último capítulo trata del cuidado del cuerpo que las mujeres perseguían y las prácticas que llevaban a cabo para mantener el buen olor corporal, la lozanía y tersura en la piel, teñir sus cabellos, depilarse, volver los dientes blancos, suavizar las manos, quitar las manchas, etcétera, todos ellos magníficos tesoros de sabiduría que se transmitían de generación en generación y que venían entreverados entre las recetas culinarias y de economía doméstica. Los tratados médicos con capítulos dedicados a los afeites también se producen en la Nueva España, pero ya con las medicinas y las plantas del Nuevo Mundo.

Se ha revisado para esta obra, por tanto, un amplio corpus que abarca las inyectivas y las sátiras burlescas contra las mujeres como objetos de escarnio tanto en la poesía y en los sermones como en el teatro; se han incorporado las descripciones de mujeres afeitadas que relucen en libros de viajeros extranjeros durante su tránsito por España, así como las descaradas fechorías de las pícaras en la literatura picaresca y costumbrista; hay consejos para embellecerse junto a recetas de cocina y de medicina, y cuentos, refranes y frases proverbiales sobre las mujeres que usan los ungüentos de belleza. Todo ello tendrá cabida en las páginas que siguen, además de dos apéndices: un glosario sobre los afeites y otros adornos, y un recetario.